

RICARDO LAGOS

“Debe haber un cambio que se note”

Por Carmen Imperatore

A pesar de todos los vaticinios que hicieron los agoreros de siempre cuando perdió su campaña senatorial, Ricardo Lagos sigue atrayendo a los chilenos. Como ministro designado de Educación recibe, quizás, mucha más atención de la gente que suele encontrarse con él y el mismo día de esta entrevista, cuando a las 10 de la noche pasó al supermercado “a comprar unos biftec” con su esposa Luisa, se armó una pequeña batahola a su alrededor.

Ricardo Lagos sigue siendo Ricardo Lagos y su forma de comunicarse no ha cambiado. Claro que hay algo nuevo en su vida: su nieta Emilia, la cual sin lugar a dudas, se ha convertido en el gran amor de este hombre, que confiesa “creo que soy mal genio” y que se enoja “cuando hay dobles estándares, contra las injusticias, contra esas situaciones que videntemente van a contrapelo...”

—Un universitario me dijo que le preguntara si acaso lo habían elegido para mantenerlo a raya...

—No —contesta sin sonreír—, yo creo que no se trata de mantenerlos a raya, sino de cómo hacer para que estos muchachos puedan decir su verdad, participar, decir su palabra en el sistema educacional. Y tal vez una buena forma de educar es que comprendan las dificultades y las limitaciones que hay para cambiar y para mejorar.

—¿Cómo piensa crear cultura?

—Para que florezca, es necesario crear un sistema nacional de cultura para actores, para pintores, para teatro, para escritores, así como hay un sistema nacional de investigación científica, donde los científicos compiten por fondos de investigación de Conicyt.

—¿Eso tendría algo que ver con un Ministerio de Cultura?

—Eso no tiene nada que ver con ministerios de la cultura o con dirigismos. Simplemente se trata de cómo el Estado, cómo la sociedad, establecen los mecanismos para que florezcan estas iniciativas.



—¿Y la extensión?

—La sociedad tiene que organizarse para exigir cultura y el Estado debe ser capaz de escuchar eso.

—Si un chiquillo de 13 ó 14 años le preguntara en qué va a cambiar la educación chilena si se la compara con la de los años anteriores a 1990, ¿qué le contestaría?

—Que esperamos que pueda participar él, que puedan participar sus profesores, que no va a existir una educación autoritaria, en que el profesor no va a tener temor de ser despedido por la arbitrariedad de un alcalde. En consecuencia, va a haber un ambiente para un sistema educacional más adecuado, más libre, más democrático.

—¿Y si está en una de las escuelas más pobres?

—Si ese chiquillo está en una de las 900 escuelas de menores recursos, recibirá el programa de mejoramiento para las escuelas básicas más deficitarias. Si está en una escuela rural, recibirá el programa para escuelas rurales. Y posteriormente tal vez habrá algunos mecanismos concretos de perfeccionamiento

para el profesor de ese alumno.

—¿Y la educación municipalizada?

—Es un tema complejo. Sin embargo, después de dictar un Estatuto Docente, cosa que considero indispensable, ese debate quedará superado.

—¿Cómo funcionaría ese Estatuto Docente?

—Debe ser un estatuto que regule el acceso, ascensos, remuneraciones y perfeccionamiento del profesor; y que sea independiente de quién es el patrón: si es el Ministerio de Educación, la Municipalidad o si es privado.

—¿Qué esperanza pueden tener los profesores exonerados de volver a sus trabajos?

—Hemos planteado la necesidad de establecer una comisión conjunta con los profesores, para un análisis caso a caso que permita buscar mecanismos bien concretos de reincorporación.

—¿Qué quiere decir con bien concretos?

—Quiero decir que en los llamados a concurso (a partir de las decisiones de estas comisiones, que deben ser a nivel regional), los profesores puedan tener un mecanismo que les habilite a incorporarse con mayor rapidez y dentro del análisis de las comisiones examinadoras. Una suerte de puntaje a favor, como resultado de la arbitrariedad de las exoneraciones. Creo que esto es lo más realista y lo más rápido.

—¿Y habrá más oferta de trabajo?

—En Chile tenemos un deterioro educacional que es necesario superar reduciendo el número de alumnos por clase y las horas que se ve obligado a hacer un profesor para sobrevivir. Necesariamente, aumentará la oferta de puestos de trabajo y, por eso, no me cabe duda de que estaremos en condiciones de resolver el problema de los profesores exonerados. Lo que no creo es que esto se pueda hacer con un simple decreto, porque eso no está en manos del Ministerio de Educación.

—¿A ver? ¿Por qué no?

—Chile no sabe que el Ministerio de Educación no es dueño de ningún establecimiento educacional, porque todos se vendieron, desde el Instituto Nacio-

nal para abajo, a corporaciones municipales. Además, el Ministerio de Educación no imparte clases, no contrata profesores (lo hacen las municipalidades) e incluso cuando los locales y liceos hay que repararlos, eso depende de otras instancias. Recibimos un Ministerio de Educación donde no existe capacidad para evaluar cuáles son los colegios que más lo necesitan.

—¿Me podría explicar por qué?

—Porque el sistema que existía a través de la Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos fue desmantelado. Entonces, creo que el país (y es lo que pienso hacer) debe asumir que estamos frente a una situación de crisis que nos obliga a definir la educación como una tarea nacional.

—¿O sea, es una tarea de todos?

—Debe entenderse que ésta no es tarea exclusiva ni del ministro, ni del Ministerio, ni del gobierno, ni del Colegio de Profesores, ni de los padres y apoderados, sino que de la sociedad completa. El gran desafío es replantear la educación en el rango que le corresponde.

—¿Qué implica la ley orgánica de educación?

—Acá se han confundido dos cosas. Primero, la idea de que exista un Consejo Nacional de Educación es adecuada, porque la educación es un tema nacional y por lo tanto es bueno que todos estén representados. Sin embargo, en este consejo no es así. Segundo, es bueno también que exista un Consejo de Educación Superior, respecto a la educación universitaria. Pero aquí no se hizo ni lo uno ni lo otro. Se dictó un Consejo Superior de Educación, lo cual es bien distinto a un Consejo de Educación Superior.

—¿Lo integran profesores?

—No, nada, y ¡mire! que tiene que ver con las definiciones curriculares de la enseñanza básica y media.

—¿Define las pautas?

—Define las pautas básicas de lo que debe contener la educación básica y media, pero el consejo no integra a nadie de esa línea. Creo que fue una legislación tremendamente apresurada; será necesario modificarla.

—¿Qué requiere para ser reformada?

—Requiere *quorum* especial: 56 por ciento en cada una de las cámaras.

—¿Lo habrá?

—El tema de la educación obliga a un planteamiento colectivo y, frente a este tipo de definiciones tan gruesas; confío que habrá una respuesta que apunte al beneficio nacional, en todos los sectores. No estoy preocupado por los *quorum*, por eso mismo.

—¿Cómo piensa ayudar a financiar la universidad?

—El tema que debe abordar la sociedad chilena es qué tipo de universidad quiere: una real o una que imparte títulos profesionales.

—¿Y qué es una universidad real, para usted?

—Una universidad real es capaz de pensar la sociedad, con investigación, con creación de ciencia. Y eso hay que pagarlo, en cualquier parte del mundo. Eso no se autofinancia ni en Harvard, ni en Yale, ni en Inglaterra, ni en París. En el Medioevo se pagaba para que la gente pensara. En la época de los faraones los teólogos pensaban. Se separa una parte del producto para que un sector de la sociedad piense.

—¿Y también es necesario que todos los chilenos decidan qué quieren de la universidad?

—Por supuesto, pero claro que eso no se hace de la noche a la mañana, porque el deterioro educacional es producto de 16 años. El que diga que las cosas se arreglan en un año está haciendo demagogia, pero sí creo que debe haber un cambio y tiene que notarse. En los próximos cuatro años tiene que haber una

“Hoy tenemos que establecer las bases de un sistema universitario que mire al siglo XXI”

apertura y un cambio. Ahora estamos abocados a cómo hacemos esto sobre la base de cosas inmediatas y a mediano plazo.

—Usted habló de crear una comisión al más alto nivel en el ámbito de la educación superior, integrada por universitarios más allá de toda sospecha. ¿Qué significa esta última frase?

—Que creo que el tema de la universidad debe ser abordado, como dije antes, en un sentido nacional. No es un tema para que haya una posición de los partidos A o de los partidos B, del sector A o B. En el pasado hubo consenso sobre lo que era el sistema universitario.

—¿Logrado cómo?

—Se fue dando, porque en definitiva hubo un tipo de universidad que interpretó lo que quería el país. Chile estuvo orgulloso de su orquesta sinfónica, de su ballet, de Uthoff, de Pedro de la Barra y del Teatro Experimental. Estuvo orgulloso del Liceo Experimental Manuel de Salas, donde se investigaban técnicas pedagógicas en el ámbito de la enseñanza secundaria o media.

—¿Y hoy cuál es el desafío?

—Hoy tenemos que establecer las ba-

ses de un sistema universitario que mire al siglo XXI; a los desafíos por delante. Y eso trasciende a un gobierno, a un ministro. Cuando digo una comisión de este nivel estamos diciendo que es tarea de todos decir “queremos un sistema universitario de estas características para lo que Chile necesita”.

—¿Cómo marcan los sistemas de educación a los países?

—Hoy, el que uno llegue a ser un país que se desarrolló o que quedó en el camino está determinado por el nivel educacional. Es el nivel educacional japonés, en ciencias básicas y particularmente matemáticas, según muchos, lo que explica lo que ha pasado con Japón. Son las diferencias educacionales las que nos separan.

—¿Y la universidad qué papel juega en ese sentido?

—Tenemos que ser capaces de crear una universidad para pensar lo que en Chile se necesita: las grandes ideas surgen allí.

—Hay países como Colombia, donde hubo una debacle por exceso de universidades privadas creadas sin ningún control, de las cuales egresaron profesionales muy deficientemente formados. ¿Eso puede pasar en Chile?

—Por cierto que sí. Porque no es racional un sistema en que los recursos humanos no son objeto de ningún tipo de planeamiento futuro. Formar un profesional implica 20, 22, 26 años. No es racional decir que el mercado determina, porque eso no es verdad. Es profundamente irracional un sistema como el actual.

—¿Y la libertad de enseñanza?

—Una cosa es que haya libertad de enseñanza. Si alguien quiere tener libertad para enseñar, que enseñe, pero otra cosa es pretender que esa libertad se haga con financiamiento de todos nosotros. Porque lo que es el dinero de todos nosotros, nosotros resolvemos democráticamente cómo y a qué lo asignamos. Eso no tiene nada que ver con la libertad de enseñanza. A mí me parece que casos como el de Colombia nos deben obligar, por lo menos, a lo que dice relación con los recursos de todos los chilenos.

—Usted considera que es necesario terminar con el crédito fiscal y buscar un mecanismo de solidaridad y de becas que permitan un sistema adecuado de pagos. ¿Cómo podría ser?

—A largo plazo, a mí me gustaría explorar que, por lo menos en las universidades estatales, hubiera un sistema de arancel diferenciado, donde aquél que no puede, no pague. Entiendo que eso es imposible implementarlo de entrada y tenemos que buscar un mecanismo de solidaridad para que pueda pagar lo que esa universidad necesita.

—¿Al decir a largo plazo se refiere a más de cuatro años?



“Va a haber un ambiente para un sistema educacional más democrático”

—A mí me gustaría explorar dentro de este gobierno la posibilidad del arancel diferenciado.

—¿Cómo piensa corregir el que en algunos colegios haya más de 50 alumnos por clase y el que muchos profesores estén sobrecargados de horas a la semana?

—Vamos a iniciar una ronda de conversaciones con todos los interesados. Los que están interesados en calidad, entienden. Los que buscan el negocio, no entienden. A mí me parece que la subvención, en último término, es el esfuerzo que hace la sociedad chilena por tener una educación de calidad. Y la sociedad chilena no puede entregar la

subvención y desentenderse, por lo cual se trata de un tema que es necesario abordar entre todos.

—¿Qué fue lo más importante que usted aprendió y entregó cuando hizo clases?

—Bueno, comencé cuando tenía 25 años, en la Universidad de Chile, e hice clases hasta 1973. Fueron diez años de docencia. Después hice clases fuera de Chile.

Yo creo que lo más importante fue establecer una buena relación con los alumnos, poder seguir sus inquietudes. En ese momento, mi mayor dificultad era cómo establecer una relación adecuada profesor-alumno, con estudiantes que tenían tres o cuatro años menos que

yo. Nunca pensé que iba a pasar 16 años sin hacer clases —continúa con una cierta nostalgia—. Uno siempre tendía a pensar que la dictadura era un fenómeno transitorio en la historia de Chile. Y cuando miro hacia atrás, veo que la dictadura ha durado la mayor parte de mi vida adulta como profesor.

—¿Cómo ve a los jóvenes actuales?

—Los miro con mucho optimismo, porque no obstante se formaron en dictadura, tienen un grado de madurez, de percepción del futuro, tienen menos certezas que las que teníamos nosotros, que éramos tremendamente ideologizados. Son mucho más libres, más sueltos, y eso es mucho mejor para construir un país. •